

zon de la hermosa, y le preguntó si se sentía indispuesta.

Pero Clotilde no oyó lo que Duval le había dicho.

Sus sentidos todos estaban pendientes del encuentro que podía tener lugar en la capilla, y solo tenía ojos para ver á su protector que se acercaba á ella.

Clotilde se puso pálida como un difunto, y detuvo el paso.

Duval se alarmó creyendo que iba á desmayarse á causa de la agitacion causada en su debilitada naturaleza por el penoso paseo.

En aquel momento llegaba D. Emilio con Inés á la entrada de la capilla.

Clotilde contuvo la respiracion, y esperó inquieta el resultado de lo que iba á pasar.

De repente vió correr á D. Emilio hácia dentro de la capilla alzando los brazos, marchando de igual manera á su encuentro el individuo que habia estado rezando.

Luego oyó un grito.

Duval alzó la cabeza al escucharlo.

Un silencio profundo siguió despues al grito que se habia escuchado.

¿Qué habia sucedido?

CAPITULO XXIII.

Continúa el Molino de Flores.

Hemos dicho que D. Emilio, al penetrar en la capilla, corrió con los brazos levantados hácia el hombre que se encontraba dentro, que á poco se oyó un grito, y que todo quedó luego en un sepulcral silencio.

Tambien vimos á Clotilde inquieta y pálida ante aquella escena, ignorando lo que habia acontecido.

Duval que, como ella, se habia alarmado con el grito que habia escuchado, la preguntó si queria que corriese á ver lo que habia pasado.

—No:—contestó la jóven:—al contrario;

es preciso que yo sepa por mí misma lo que ha sucedido.

Y olvidando sus temores, y haciéndose superior á sus padecimientos físicos, se dirigió inmediatamente hácia la capilla, apoyada en el brazo de Duval.

Pero entre tanto que llegan al lugar de la escena, véamos lo que habia dado origen á aquel grito que los habia alarmado.

Don Emilio, bien ageno de pensar que podia haber alguno en la capilla, llegó á la entrada de ella hablando en alta voz con su hermana Inés.

El hombre que vestido de luto, como hemos visto, rezaba de rodillas ante la imagen del Señor de la Peña, volvió la cabeza al ruido de los pasos; fijó asombrado los ojos en D. Emilio, que tambien se quedó mirándole atentamente: de repente se levantó agitado el que rezaba: dejó ver en su semblante la sorpresa y la alegría, y exhalando una exclamacion, que fué contestada con otra de Landeta, corrió con los brazos abiertos á abrazar á éste, que le recibió con placer en los suyos.

—¡Emilio!

—¡Manuel!

Y ambos quedaron estrechamente unidos por un rato, sin pronunciar palabra, embarcados por la grata emociion producida por aquel inesperado encuentro.

Clotilde, como hemos visto, solo pudo notar que corrieron el uno al otro con los brazos levantados y escuchar el grito de sorpresa que lanzaron al conocerse; pero le fué imposible oír los nombres que pronunciaron, porque aun estaban á bastante distancia.

Preocupada como estaba su imaginacion con la idea de Leopoldo, sonó en su oido la exclamacion de ambos, arrancada por la sorpresa, como un grito de ira y de indignacion.

Temió un choque entre su amante y su bienhechor, y corrió, olvidando sus padecimientos, hácia el sitio de la escena.

Entre tanto D. Emilio y la persona que habia estado orando, revelaban en sus semblantes la satisfaccion mas pura por aquel encuentro.

—¿Tú por aquí? ¿Tú ausente de Guadajajara?

Dijo D. Emilio pasados los primeros instantes de sensacion profunda.

—Sí, amigo mio.

—Pero te veo de luto: ¿te ha sucedido alguna desgracia?

—Sí, Emilio: ¡una desgracia terrible!

—¿Cuál?

—¡La muerte de mi hijo, suicidado á consecuencia del funesto vicio al juego!

—¿Qué escucho! ¡Pobre amigo mio!

—Tienes razon en compadecerme.

—¿Y piensas permanecer mucho tiempo aquí?

—Me habian traído á México dos asuntos: el de arrancar á mi pobre hijo de las garras del vicio, y el de indagar el paradero de una jóven que debe gemir en la miseria, y á quien ha dejado de heredera única, uno de mis amigos mas ricos, quien al morir me encomendó la mision de buscarla.

—Siempre ocupado en ejercer el bien.

—No siempre; porque recuerdo una época en que juzgué criminal á un amigo tuyo,

á quien despues he creído inocente y calumniado.

—¿Hablas de Cabrera?

—Precisamente.

—¿Y crees que era inocente?

—A no dudarlo.

—Explicáte.

—La casualidad me ha hecho encontrar hoy mismo, en este sitio de recreo, á un honrado dependiente que entonces tuve.

—¿Será posible?

—Sin duda.

—¿Y cómo se llama ese dependiente?

—Nuñez.

—¿Nuñez!

—Sí, Nuñez; y él me ha dado informes que me persuaden de la inocencia del hombre que murió pobre y acusado de estafador.

El corazon de la hermosa Inés se inundó de alegría al escuchar aquellas palabras.

—¿Es decir que tienes fé en el dicho de Nuñez?

—Y fé ciega.

—¿Le crees incapaz de una intriga infame?

—Incapaz de la menor superchería. Es la honradez personificada.

—Sin embargo, tuvo un vicio que le condujo á la mendicidad.

—Me ha contado la causa de ese olvido de sí mismo, y es disculpable.

—¿Lo crees tú así?

—Te lo aseguro.

—¿Quiere decir que merece entero crédito un documento manuscrito que me entregó hace algunos días?

—Mas que escritura otorgada ante escribano.

—No puedes figurarte la satisfacción que me causan tus palabras.

—Como que son la expresión de la mas pura verdad.

—Así podré reparar el mal que he causado, dudando de la honradez de mi desgraciado amigo Cabrera.

—Es un deber de conciencia.

—En el documento de que te he hablado, se hace ver la inocencia del que juzgamos

criminal, y deseo que lo veas cuando te dignes ir á visitarme, para que te persuadas de ello aun mas de lo que estás.

—Iré, con mucho gusto, por tener el placer de verte; pero por lo que concierne á la justificación de Cabrera, es inútil que yo vea el documento.

—¿Por qué?

—Porque conozco al hombre que comió el robo.

—¿Al falsificador?

—Sí.

—¿Y vive?

—Vive.

—¿En dónde?

—En México, probablemente.

—¿Le has visto?

—Creo que sí.

—¿Pero no estás seguro?

—Casi.

—Explicate.

—Digo que casi, porque cuando fué á cobrar las libranzas á mi casa, usaba larga la barba, y cuando le ví últimamente me

pareció reconocer su fisonomía, á pesar del cámbio que se ha efectuado en su rostro, que lo lleva afeitado.

—Pero ¿no te habrás engañado?

—Es muy difícil.

—¿Y le has vuelto á ver?

—No.

—¿Y no sabes dónde vive?

—Tampoco.

—Pero eso es muy extraño. Conocer á un criminal que ha arruinado á un hombre honrado y ha echado una mancha de infamia sobre su nombre, y no seguirle y dar parte á la justicia, es un descuido que no comprendo en tí.

—¡Ah! me hallaba cuando le ví, tan afligido, y despues he sufrido tanto por la muerte de mi desgraciado hijo Ernesto, que casi me habia olvidado de ese asunto.

—¿Pero le conocerias, si le volvieses á ver?

—¡Oh! sin duda.

Inés, que no habia perdido ni una sola palabra de aquel diálogo que tanto importaba á la felicidad de Clotilde y de Leopoldo,

polo, bendecia interiormente á la Providencia, que tan sábiamente habia dispuesto aquel inesperado encuentro.

Entre tanto Duval, bien ageno de creer que tan cerca de sí habia un hombre que habia prometido conocerle, avanzaba hácia la capilla, dando el brazo á Clotilde.

Don Emilio que anhelaba encontrar un motivo jústo para unir á su hermosa protegida con el jóven que amaba, como lo habia prometido en caso de probarse la inocencia del padre de Leopoldo, dijo al escuchar la seguridad que manifestaba D. Manuel en conocer al falsificador tan luego como volviese á verle.

—Pues es preciso que indaguemos dónde vive ese hombre en quien creíste encontrar la semejanza del malvado que arruinó á Cabrera, para que podamos convencernos de si en efecto es él.

—Me informaré mañana mismo.

—¿Y crees que es fácil dar con él?

—Facilísimo; con solo que vaya á preguntar á la casa donde le ví cuando llegué de Guadalajara.

—Perfectamente.

—Y al mismo tiempo cumpliré también con la noble misión que he tomado á mi cargo de indagar la suerte que ha corrido esa jóven de quien te hablé antes, y la cual debe hallarse en la miseria, cuando acaba de heredar los cuantiosos bienes que le ha dejado al morir un amigo mio.

—¡Dios quiera que des con ella!

—¿Y tú, no te has casado?

—No; pero tengo una expósita, á quien amo como se puede amar á una hija, y que forma, con mi hermana, las delicias de mi vida.

—¿Será tal vez la jóven que me ha dicho Nuñez es amada por Leopoldo?

—La misma.

—¿Y tú te opones á ese enlace?

—No; pero está en suspenso hasta que tenga seguridad de que su apellido se encuentra libre de la mancha imputada á su padre.

—Pues esa seguridad la tienes ya.

—Sí; pero es necesario que el caballero que disputa á Leopoldo lealmente la pose-

sion de Clotilde, se convenza ante las pruebas claras é irrecusables que le presentemos, de los derechos que le asisten á Cabrera.

—¿Y quién es el competidor de Leopoldo?

—El caballero que se acerca á este sitio acompañando á una hermosa.

En aquel momento se presentó en la entrada de la capilla Duval dando el brazo á Clotilde.

Don Manuel dirigió la vista hácia el rival de Leopoldo, que á la vez clavó la suya en el padre de Ernesto, y ambos se sorprendieron.

Duval reconoció en aquel anciano al hombre que llamó su atención en la feria de Tlalpam, y al cual no había vuelto á ver, á pesar de los muchos pasos que había dado para conseguirlo.

Don Manuel reconoció al dueño de la casa de juego, tan fatal á su hijo, y casi quedó convencido de que, á pesar de no llevar barba ni espesas cejas, era el mismo que falsificó las libranzas cobrándolas en nombre de Cabrera.

Duval, interesado en conocer quién era aquel hombre, buscó en la memoria el sitio en que le habia visto la primera vez, y luego, iluminado por una idea clara que le hizo recordar un hecho de su vida, se puso pálido, y tembló á pesar suyo.

No le cupo ya duda de que aquel anciano era el mismo á quien se presentó á cobrar las libranzas en Guadalajara, y se consideró perdido si llegaba á ser reconocido por él.

Pero todo esto fué instantáneo!

Mas rápido aún que el corto tiempo que hemos necesitado para referirlo.

—¡Si llega á sospechar quién soy—pensó Duval interiormente—mi ruina es segura! Es preciso evitar que examine mis facciones.

Y pretestando ir al encuentro del doctor que atravesaba el puente, volvió el rostro, y se dirigió á la entrada de la capilla.

Al poner el pié fuera de ella, se encontró con Nuñez que se disponia á entrar.

Duval se sorprendió al verle; pero luego, como iluminado por una idea satánica y

salvadora, sonrió con satisfaccion, se acercó á él, le asió de un brazo, y llevándole aparte, le dijo en voz baja y amenazadora:

—Creo que ese hombre me ha conocido, como yo le he conocido á él.... Ved como le obligais á gũardar silencio, porque á la menor palabra que pronuncie contra mí, Ricardo, el amante de Inés, que gime preso en poder de mis subordinados, el padre de Clotilde dejará de existir. ¡Adios!

Y se alejó marchando al encuentro de Willey.

Nuñez, persuadido de que aquel hombre cumpliria al pié de la letra su amenaza á la menor palabra que hablase, se propuso guardar el mas profundo silencio, y le vió marcharse, sin atreverse á despegar sus labios.

Clotilde, que haciendo un esfuerzo habia apresurado el paso para llegar á la capilla, temiendo que se hubiesen encontrado en ella D. Emilio y Leopoldo, quedó tranquila al ver que se habia engañado, y corrió al lado de Inés, contenta de ver alejarse á Duval, y sin comprender lo que habia pasado.

Don Emilio, que no habia advertido la sorpresa operada en su amigo D. Manuel y en Duval al encontrarse, presentó al primero á su querida expósita, mientras el segundo, habiendo marchado al encuentro del doctor, trataba en voz baja de algun asunto que, como todos los que salian de ellos, no podian llevar mas que el mal y la desolacion.

Núñez al menos lo creyó así al verlos juntos, y ya que no le era posible revelar el secreto de Duval, porque temia la muerte de Ricardo, se propuso al menos vigilar, para defender á Clotilde y á su antiguo principal de cualquier golpe dispuesto por Willey y Duval.

CAPITULO XXIV.

Concluyen los sucesos del Molino de Flores.

—¿Es ese el hombre á quien destinabas la mano de tu protegida?

Preguntó D. Manuel no bien vió alejarse á Duval.

—El mismo.

—El cielo me ha traído para salvarla.

—¿Cómo!

Inés y Clotilde se miraron asombradas.

—¿Sabes tú quién es?

—Ignoro su nacimiento; pero es un amigo á quien debo singulares favores. ¿Pero le conoces tú acaso?

—¿Yo?